



Séneca

# Medea

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Séneca

# Medea

TRADUCCIÓN EN VERSO DE DON ANGEL LASSO DE LA VEGA

## PERSONAJES

MEDEA	LA NODRIZA DE MEDEA
JASON	CORO DE CORINTIOS
CREONTE	UN MENSAJERO

## ARGUMENTO

Después de la muerte de Pelias, Jason habitaba en Corinto con su esposa y sus hijos. Habiéndole elegido Creonte por yerno, Medea recibió de su marido una declaración de divorcio, y la orden del rey de buscar otra morada. Logró obtener un día de próroga al plazo marcado para su partida, y aprovechó este tiempo para enviar á Glauca ó Creusa, la prometida de Jason, un traje y un collar impregnados en filtros mágicos. No bien Creusa se colocó estos presentes, inflamóse aquel vestido, y pereció lastimosamente consumida por las llamas, así como su padre que acudió á socorrerla. Medea, para completar su venganza, degolló en presencia de Jason á los hijos que de él había tenido, y se desvaneció en los aires.

## ACTO PRIMERO

### ESCENA PRIMERA

#### MEDEA

¡Oh Himeneo, alto dios, y tú Lucina,  
Del lecho conyugal discreta guarda;  
Minerva, tú que á Tisifo enseñaste  
El arte de llevar sobre las aguas  
Sumisas, á la nave recién hecha;

De los profundos mares, oh el monarca;  
Oh sol que extiendes sobre el mundo el día  
Cuando tus rayos fúlgidos derramas;  
Triple Hecate, que luz tan esplendente  
Al misterioso sacrificio mandas,  
Y cuantos dioses de la fé debida  
Me respondeis por mí Jason jurada;  
Y vosotras, deidades que Medea  
Implora con derecho á vuestra gracia;  
Oh caos de eterna noche, del infierno  
Regiones del espanto subterráneas,  
Espíritus del mal, sombras impías,  
Soberano que al Tártaro avasallas,  
Y tú su esposa que del negro imperio  
Por seductor más fiel fué arrebatada;  
Con voz siniestra á todos os invoco.  
Venid, deidades que con ira tanta  
Dais castigo á los crímenes; venios  
Con esa de serpientes enroscadas,  
Horrenda cabellera; en vuestras manos  
En sangre tintas, las antorchas ardan  
De siniestro fulgor; venid terribles;  
Tan terribles venid como os hablaba  
Cuando acudisteis á mis bodas. Presto  
Traed aquí la muerte más infausta  
Para esa nueva esposa para ese,  
Su padre y cuantos vivan de su raza,  
Y permitid para el esposo os pida  
El suplicio más hórrido que haya.  
Que viva sí, mas para verse errante  
En ignorados pueblos y comarcas,  
En mísero destierro, pobre, odiado,  
Sin hogar, reducido á que en su alma  
Mi amor eche de menos, y en su senda  
Obligado á llamar en puerta extraña  
Como huésped funesto, y sobre todo,  
Y anhelo más cruel no formulara,  
Que los hijos que tiene, con él mismo  
Y con su madre muestren semejanza.  
¡Tengo hijos: vengada ya me juzgo!  
¡Sí; de este modo me veré vengada!  
Pero son excesivos mis lamentos,  
Como Inútiles son ya mis palabras.  
¿Por qué no he de buscar mis enemigos?  
¿Y por qué no extinguir la viva llama  
De la antorcha nupcial, la luz del día?  
¡Oh Sol, oh padre de mi ilustre raza,

Semejante espectáculo contempla!  
¡Muéstrase, y sigue su carrera rápida:  
Por el azul de los tranquilos cielos  
En su carro prosigue! Y en su marcha  
No retrocede, ni hacia atrás el día  
Procura hacer que vuelva á su mirada!  
Déjame, oh padre, que el espacio cruce  
En tu carro flamígero, y la gracia  
Concédeme de ser la que lo guie  
Por la región del éter dilatada:  
Cede á mi mano las brillantes riendas  
De los corceles que en su ardor se abrasan.  
El incendio voraz que hunda á Corinto,  
Juntará los dos mares que él separa.  
Tal recurso es el solo que me queda.  
Cual mi rival, agitaré irritada,  
En mi diestra una antorcha de Himeneo;  
Elevaré mis ruegos, y en las aras  
Que en tan solemne día han de erigirse,  
Inmolaré las víctimas sagradas.  
En sus entrañas mismas, alma mia,  
Busca el camino de la atroz venganza,  
Si aun te atreves á hacerlo y si es que aun vive  
El vigor primitivo que en tí hallabas,  
Ahuyenta, pues, los frivolos temores,  
E indomable, revístete en tu saña,  
Del Cáucaso con todos los enojos,  
Y con su viva cólera que espanta.  
Cuantos crímenes vieron, increíbles,  
El Ponto y Phasis, á mi inmensa rabia,  
Corinto pues verá. ¡Qué de proyectos  
Inauditos y horribles en mi alma  
Se agitan! ¡Cuánto anhelo abominable  
Que á cielo y tierra espantará, le asalta!  
Heridas, muertes y esparcidos miembros,  
Insepultos despues de la matanza.....  
¿Todo esto qué es? Pruebas primeras  
De mi edad juvenil. Aun más nefunda  
Mi cólera hoy será. Mujer y madre,  
Aun mayores crueldades necesarias  
Me han de ser. De tus iras te reviste,  
Y cuanta sed de destrucción insana  
En tu pecho se abrigue, se despierte,  
Y á la cruenta lucha te prepara.  
De tu repudio quede la memoria  
Cual es la de tu boda, sanguinaria.  
¿Cómo á tu esposo dejarás? Lo mismo

Que le seguiste. Abrevia, al punto allana  
Tan fútiles demoras. Por un crimen  
Llegaste á penetrar en este alcázar;  
Por un crimen tambien es necesario  
Que de sus muros para siempre salgas.

## ESCENA II

### EL CORO

Dioses del cielo y de la mar, propicios  
A este egregio himeneo concededle  
Vuestros altos favores; y tu pueblo,  
Por él tus votos á la par se eleven.  
Desde luego de Jove en los altares  
Un blanco toro su cerviz presente,  
Y de Juno en las aras; en su mano  
Cetro y rayo flamígero ambos tienen.  
A Lucina á la vez también se ofrezca  
La ternerilla blanca cual la nieve,  
Que no ha sentido el yugo, y en seguida  
A la deidad aquella que detiene  
Y hasta encadena las sangrientas manos  
Del implacable Marte y que las leyes  
De alianza á las bélicas naciones  
Dicta, y derrama de su cuerno fértil  
La abundancia, inmoles una víctima  
Más tierna, cual de todos se merece.  
De antorchas tan legítimas llegando  
Precedido, y haciendo que ya cesen  
Las sombras de la noche, oh tú, Himeneo,  
Veloz acude y nuestros ojos véante  
Por el licor andando entorpecido;  
Con diadema de rosas en tu frente.  
Y tú, estrella de Vénus, que así al día  
Como á la noche lúgubre precedes,  
Y aunque no dando gusto á los que aman  
Con lenta marcha, perezosa siempre,  
Levántate. ¡Cuán ávidas las madres  
Y las vírgenes todas impacientes,  
Por tu dulce esplendor ya suspirando,  
En la bóveda azul esperan verte!  
En belleza á las jóvenes de Atenas  
Esa princesa de Corinto excede,  
Y á aquellas que en el pueblo sin murallas  
Sobre las altas cimas del Taigete,  
A ejercicio varonil se entregan,

Yá aquellas que se bañan en la fuente  
De Aonia ó donde corre el sacro Alfeo.  
De Eson el hijo su semblante ofrece  
En gracias superior á aquel del hijo  
De Semele, el que unce por corceles  
Los tigres a su carro; al dios que anima,  
Los trípodas, Apolo, hermano imberbe  
De la casta Diana; á aquel que encuentra  
En las lides del cesto sus deleites,  
Resuelto Polux, y á su hermano Cástor.  
Puedan, oh dioses, la mansion terrestre,  
Creusa, la mujer que es mas hermosa,  
Con el bello Jason vivir ya siempre,  
Cuantas beldades á su lado acuden,  
Si en medio de los coros aparece,  
Eclipsa esta hermosura con su encanto.  
La luz de las estrellas palidece  
De igual modo ante el sol; ante su vista  
El conjunto se oculta de las Pléyades,  
Cuando la luna un círculo presenta  
De prestado fulgor en su creciente.  
El brillo de la púrpura mezclado  
A la misma blancura de la nieve,  
Compone el tinte de su fino cutis,  
Y es el color de sus mejillas tenue;  
El mismo de la Aurora que cubierta  
Del húmedo rocío va extendiéndose  
Por la inmensa estension del horizonte  
Que con sus bellas luces enrojece.  
Del tálamo terrible de la hija  
De Phasis, fugitivo, jóven héroe,  
De esa esposa colérica á quien sólo  
Con temerosa indecision te atreves  
Apenas á otorgarle tus caricias,  
Ven la ventura á disfrutar que obtienes;  
Y con amor recibe y sin cuidados  
La nueva esposa que á tu lado viene  
Y que á su vez con tanta complacencia  
Sus cariñosos deudos te conceden.  
A los lícitos juegos que autoriza  
Himeneo, los jóvenes se entreguen,  
Lanzad por donde quier versos malignos  
Que las sonrisas exitando, alegren.  
Con sus principes altos tal licencia  
Los súbditos se toman pocas veces.  
Noble hijo del dios que el Tirso empuña  
Las antorchas de pino arder ya deben:

Agita ya las encendidas teas;  
Tus torpes dedos sin tardanza mueve.  
El epigrama fescenino, el númen  
Satírico propague. En tan solemne  
Y venturoso día que á la fiesta  
Se consagra, alegraos, y sólo quede  
El silencio y la noche con sus sombras,  
Su triste soledad á las mujeres  
Que furtivas se apartan de un esposo  
Que es extraño país su patria tiene.

## ACTO SEGUNDO

### ESCENA PRIMERA

#### MEDEA, LA NODRIZA

Ya todo sucedió como esperaba.  
Resonaron los himnos de Himeneo  
En mi oído. A mi súbita desdicha  
¿Cómo aun es posible que dé crédito?  
¿Atreverse Jason á tanto pudo?  
¿Llegó su deslealtad á tanto extremo?  
Después de haberme arrebatado un día  
De mi padre, mi patria y de mi reino,  
¿En extranjera tierra de este modo  
Me deja sola, abandonada? ¿El fiero,  
El cruel olvidó mis beneficios?  
¿Se olvidó de mis crímenes horribles  
Que han triunfado por él del mar airado,  
Y de las llamas del terrible incendio?  
¿Acaso piensa se agotaron todas  
Las maldades que caben en mi pecho?  
Inquieta, extraviada, en los arranques  
De mis iras, do quier los ojos vuelvo,  
Y busco una venganza, y de ejercerla  
Del modo más cruel busco los medios.  
¿Si un hermano tuviera! Pero tiene  
Una esposa! Una esposa que el objeto  
De mi saña ha de ser: fuerza es herirla.....  
¿Y esto puede bastar á mi tormento?  
Si hay un crimen en Grecia, si aun existe  
En las naciones bárbaras un nuevo  
Delito que tus manos no conozcan,

Apresúrate al punto á conocerlo.  
Los que ya concebiste te estimulan.  
Aquel robo fué el uno, sí, recuérdalo,  
Del áureo vellocino, y fué la muerte,  
El otro, de tu hermano, compañero  
De una vírgen culpable, sus despojos  
Á su padre mostrados, y dispersos  
Por las olas del mar, y del anciano  
Pelias, sin piedad los rotos miembros  
En la caldera hervidos. ¡Que de muertes  
Cometidas! ¡Y cuánta, al mismo tiempo,  
La sangre derramada! Y sin embargo,  
Ninguno de estos crímenes fué efecto  
De mi cólera. El odio y el encono  
De un amor desdeñado es el que hoy siento.  
Mas por extraña voluntad y fuerza  
Dominado Jason, en tal extremo  
¿Qué pudiera? ¿A las armas homicidas  
Debería ofrecer acaso el pecho?  
Tu arrebató modera, dolor mio,  
Y discurre más justo y más discreto.  
Jason no deje de vivir, y viva  
Para mi nada mas, y á no ser esto,  
También conserve la existencia, y guarde  
De cuanto bien le hice los recuerdos;  
Y la vida no pierda que me debe.  
La culpa es de Creonte, ese soberbio  
Que abusa del poder que ejerce injusto  
Para romper así nuestro himeneo;  
Para arrancar del lado de una madre  
A sus hijos, y á dos esposos tiernos  
Separar de este modo. Mi venganza  
Ejérase en el acto. A él solo debo  
Castigar. A cenizas su palacio  
Reducido ha de verse. En tal incendio,  
El promontorio altivo de Molea  
Que á las naves obliga á gran rodeo,  
Torbellino humeante y rojas llamas  
Verá elevarse hasta el azul del cielo.

#### LA NODRIZA

Ten calma por favor: tus tristes quejas  
Enciérrense en el fondo de tu pecho.  
Las más graves ofensas es preciso  
Devorar con paciencia y en silencio,  
Para poder vengarlas. Concentrada,

Es temible la cólera, y á un tiempo  
El odio declarado, de vengarse  
Se quita á él mismo los seguros medios.

MEDEA

De tal prudencia y disimulo, sólo  
Puede usar un dolor que no es tan fiero.  
Estas grandes congojas no se ocultan:  
Es preciso que estallen desde luego.

LA NODRIZA

Tales ímpetus cesen, hija mia,  
Ni aun seguro nos es nuestro silencio.

MEDEA

La fortuna que aterra á los cobardes,  
Ante las almas fuertes huye presto.

LA NODRIZA

Cuando está en su lugar, esa energía  
Que demuestras así, también la apruebo.

MEDEA

El desplegarla siempre es opurtuno.

LA NODRIZA

No te ha quedado de esperanza un resto  
En tu infortunio.

MEDEA

Cuando no se espera,  
Entonces es cuando se debe menos  
Desesperar.

LA NODRIZA

Su odio te da Yólcos,  
Y tu esposo traición hace á tu afecto.  
De todo tu poder nada te queda.

MEDEA

Quedo yo. Con Medea está su aliento.  
En ella ves la tierra, el mar adviertes,  
Y los dioses, el rayo, el mismo fuego,

LA NODRIZA

Teme al rey.

MEDEA

Era rey también mi padre

LA NODRIZA

¿ Y temor no te infunden sus guerreros?

MEDEA

No, si son hijos de la tierra.

LA NODRIZA

Al cabo  
Morirás

MEDEA

El morir es mi deseo.

LA NODRIZA

Huye, pues

MEDEA

Sólo sí, de haber huido  
Una vez, tan cobarde, me arrepiento.  
¡Medea haber huido! ¡Yo!..... ¡Medea!

LA NODRIZA

Eres madre.

MEDEA

Y audacia me da el serlo.

LA NODRIZA

¿Vacilas en huir?

MEDEA

Huiré, mas antes  
Vengada he de quedar.

LA NODRIZA

Mas sin sosiego  
Perseguida serás de tu enemigo.

MEDEA

Tendré quizá de detenerle medio.

LA NODRIZA

En esas locas amenazas cesa;  
Oh calla por piedad; yo te lo ruego.  
Aplaca, pues, tu cólera ya inútil,  
Y resignate á la fuerza de los hechos.

MEDEA

Arrebatarme mi poder le es dado  
Á la cruel Fortuna, mas mi aliento  
Y mi valor jamás. ¿Pero qué hace  
Girar sobre sus goznes con estruendo  
Las puertas del palacio? Es ese mismo  
Creonte, el soberano de este reino.

ESCENA II

CREONTE, MEDEA

CREONTE

¡Qué! ¿No piensa dejar aun mis Estados  
Esta hija de un rey, mujer culpable?  
Medita un nuevo crimen. Su perfidia  
Conozco, y sé sus ánimos audaces.

¿A quién perdona ella? Paz y calma  
Quién puede hallar, no lejos encontrándose  
Del lado suyo. El hierro usar quisiera  
Para librar mi reino de tan grande  
Como espantoso azote, pero cedo  
De mi yerno á las súplicas. Que marche  
En paz de mis dominios. Mas avanza  
Hacia mí con furor amenazante.  
¡Guardias! Venid y rechazadla presto.  
No llegue ni á estar cerca, ni á tocarme.  
Imponedle silencio; que al fin sepa  
Al poder de los reyes doblegarse.  
¡Vete pronto! Apresúrate á librarlos  
De un monstruo tan cruel y abominable.

MEDEA

¿Por qué crimen, qué falta me condenas  
Al destierro?

CREONTE

¡Y pregunta, así extrañándose,  
Mujer tan inocente, por qué causa  
Se la arroja de aquí!

MEDEA

Si en este instante  
Como juez hablas tú, fuerza es me oigas,  
Que en el juez es la calma indispensable,  
Mas si es como tirano, tú no tienes  
Poder para mandármelo, bastante.

CREONTE

Las órdenes de un rey justas ó injustas, Obedecer te toca.

MEDEA

No es durable  
El poder que es tiránico.

CREONTE

Ve á Yólcos  
Con tus quejas, enojos y tus ayes.

MEDEA

Quien me obligó á salir de esa mi patria,  
A ella me vuelva á conducir.

CREONTE

Ya sabes  
Tu sentencia dictada por mi labio.  
De reclamar no es tiempo: ya es en balde.

MEDEA

El juez que una sentencia da arbitraria,  
Sin haber escuchado á entrambas partes,  
Comete una injusticia.

CREONTE

¿Has escuchado  
A Pelias al ir á asesinarle?  
Está bien: hablar puedes. Te concedo  
Que defiendas tu causa.

MEDEA

Sé bastante  
Por mí misma cuan vano ó cuan difícil  
Es calmar un espíritu indomable  
Poseido de cólera; aun aquellos  
Que el cetro empuñan, en su orgullo hacen  
Prerogativa régia el no volverse  
Atrás de sus sentencias y dictámenes.  
Es verdad que he aprendido muy de cerca  
En el régio palacio de mi padre,  
Porque á pesar de verme así abrumada  
Bajo el peso fatal de tantos males,  
Sola, en triste abandono, en el destierro,  
Combatida por todos, suplicante,  
He tenido por padre, allá en mi patria,  
A un monarca potente, y da realce  
A mi cuna la gloria más espléndida,  
Porque nieta del Sol puedo llamarme.  
Las comarcas que baña en sus contornos  
El Phasis con sus ondas fecundantes,  
Las que el Euxino rápido limita

Al terminar su curso en los parages  
Donde los rios forman los pantanos  
Que endulzan la amargura de los mares;  
Cuantas llanuras sienten de las vírgenes  
De Thermodon los pasos incesantes;  
De las que embrazan el sesgado escudo,  
Todo forma el dominio de mi padre.  
Allí he gozado mis hermosos dias  
De gloria, y de venturas inefables,  
De real poderlo. En esos años,  
En tiempo tan feliz, he visto amantes  
Cuya alianza reyes poderosos  
Buscaban, con su amor solicitarme.  
Mas ligera y voluble la Fortuna,  
A un infausto destino condenándome,  
Me ha arrancado del trono. Así, ¡confía  
En el poder que tienes! Un instante,  
Uno solo, la gloria y la ventura  
Destruye. El más magnífico y más grande  
El mayor privilegio de los reyes,  
Aquel que arrebatarse puede nadie,  
El de asistir al desgraciado, y luego  
Seguro asilo al que lo pide, darle,  
Este es, pues, desde Yólcos patria mia,  
El único tesoro que aquí traje.  
Mi más hermoso título de gloria  
Es haber conseguido se salvaran  
Por mí misma la flor de los guerreros  
De la Grecia, los héroes indomables,  
Esos hijos ilustres de los dioses  
Y sosten de su patria. Por mí álzase  
La gloria de un Orfeo, cuyos cantos  
Encantaban las piedras y los árboles;  
La de Cástor y Polux, esos hijos  
Del Boreas; la de aquel de penetrante  
Mirada, de Linceo que iba cierta  
Mas allá del Euxino y de sus márgenes;  
La de todos los rudos Argonautas,  
Sin recordar á aquel de estos audaces  
Conquistadores el caudillo insigne,  
Por lo que tú, si ya no lo olvidaste,  
Gratitud, que no quiero, no me debes,  
Ni te la pido yo. Por tí salvarles  
He logrado, mas uno, uno tan solo  
Salvé por mí. Mi acusación se entable;  
Y recuerda mis crímenes. Yo misma  
Los he de confesar. Sólo inculparme

Pudieran de los bravos Argonautas  
Por el regreso, mas en ese trance  
Si á la voz escuchara del afecto  
Filial y el pudor; á no arriesgarme  
A tal empeño, con la Grecia entera,  
En un peligro tan fatal y grande,  
Sus príncipes, hubieran perecido,  
Y víctima primera inevitable  
Del fiero toro de encendidas llamas  
Tu yerno hubiera sido en el instante.  
Cualquier pesar ó desventura horrenda  
Que el destino disponga reservarme,  
La vida de esos vástagos de reyes,  
Por mí no me arrepiento se salvase.  
El premio que merezco por mis crímenes  
En tu poder está. Como culpable  
Condéname si quieres, pero vuélveme  
Al que al crimen me hizo así entregarme.  
Soy en efecto criminal, Creonte:  
Lo confieso, á pesar que ya lo sabes,  
Cuando al fin proteccion te he demandado  
Y abracé tus rodillas suplicante.  
No te pido un asilo en este reino;  
Un oscuro retiro en que ocultarme;  
Un pedazo dé tierra sólo otórgame.  
En él mi vida solitaria pase.  
Si de aquí me destierras, no me niegues  
Un refugio no más, el más distante  
En toda la extesion de tus Estados.  
Esta corta merced no has de rehusarme.

#### CREONTE

No soy monarca tan cruel, ni soy  
Capaz de rechazar inexorable  
La súplica de un ser que es desgraciado.  
Que tal es mi piedad, ya está bastante  
Probado, el acoger por yerno mio  
A un triste fugitivo, á mil azares  
Expuesto, y á merced de sus contrarios  
Sin poder y recursos, porque Acastes,  
Monarca de Thesalia, el medio busca  
De hacerle sucumbir, castigo dándole  
A tus crímenes todos. La venganza  
Prosigue en contra tuya, de su padre,  
Ese anciano ya trémulo y caduco,  
Cuyos miembros sus hijas quebrantáronle

En su amor filial extraviadas,  
E impelidas á acción tan execrable  
Por tu mágico ardid. Mas separando  
Su causa de la tuya, sincerarse  
Jason puede muy bien. No están manchadas  
De Pelias sus manos en la sangre,  
Ni se armaron del hierro, y puro siempre  
Ante tus hechos supo conservarse.  
Artífice de crímenes no oídos,  
Los más odiosos y los más infames,  
De la mujer te sobra la malicia  
Para en tí concebirlos, sin faltarte  
Esa audacia del hombre para verlos  
Cumplidos con placer abominable.  
Tú que no temes al horror y mengua  
Que del crimen no pueden desligarse,  
De tu presencia libra mis Estados:  
Lejos, muy lejos de mis tierras parte;  
Vayan contigo tus pasiones fieras;  
Contigo al fin nuestros temores váyanse.  
A atormentar los dioses vé á otros sitios,  
Con tus ocultas, misteriosas artes.

#### MEDEA

¿Me obligas á partir? Sea en buen hora.  
Devuélveme en seguida aquella nave  
Que me trajo ó al mismo compañero  
De mi fuga, en su vez tienes que darme.  
¿Por qué me obligas á partir hoy sola?  
¿Sola vine yo acaso? No rechaces  
El fundado temor de que una guerra  
Pudiera ser que llegue á suscitarse,  
Y á entrambos nos arroja. ¿Por qué marcas  
Tal diferencia entre los dos culpables?  
A Pelias por él díle la muerte.  
Así, mi fuga, mi vendido padre,  
Mi hurto audaz, mi destrozado hermano,  
Todas estas acciones y maldades  
Que un esposo á su amante desposada  
Inspira, no son obras que achacarme  
Debes nunca. Sí, ¡todas cometílas,  
Más ninguna por mí!

#### CREONTE

Si has de marcharte,

¿A qué vienen inútiles discursos?  
¿A qué esta dilación?

MEDEA

Voy á alejarme,  
Mas mi postrera súplica de hinojos  
He de hacerte; tus odios no se ensañen  
Castigando en mis hijos inocentes,  
El crimen que tan sólo es de su madre.

CREONTE

Vete tranquila; cual á propios hijos  
Los trataré, mi amparo siempre dándoles.

MEDEA

Por el regio himeneo que has dispuesto  
Y bajo auspicios tan felices haces;  
Por la esperanza que en el mismo fundas;  
Por el destino de los reinos grandes  
Con que juega, impulsada del capricho,  
La Fortuna en sus prontas veleidades;  
Que me otorgues, te ruego, un corto plazo  
A mi partida, sólo, porque abrace  
Y prodigue mis últimas ternezas  
A mis hijos que pierden á una madre;  
La que á morir tal vez ¡ay! muy cercana  
Se encuentra ya.

CREONTE

Tener así te place  
Algún tiempo, sin duda, en el que logres  
Un nuevo crimen cometer.

MEDEA

No es fácil  
En tiempo tan escaso. ¿Y qué mal puedes  
Temer ahora de mí?

CREONTE

Tiempo no fáltale  
Al malvado jamás para cansarlo.

MEDEA

¿Negarás á una mísera un instante  
En que verter sus lágrimas?

CREONTE

Me causa  
Instintivo terror el otorgarte  
Esa gracia. Te dejo un solo día,  
Para que en él tu marcha aquí prepares

MEDEA

Eso es mucho: abreviar puedes el plazo.  
Obligada yo misma ya á alejarme  
De estos sitios me siento.

CREONTE

Si en mis reinos  
El sol llega mañana á levantarse  
Y no has pasado el itismo, ¡ay de tu vida!  
Pero ya me reclama el fausto enlace.  
A los dioses tribute en un momento  
Tan solemne, mis votos y homenajes.

ESCENA III

EL CORO

¡Cuán temerario el decidido nauta  
Que osó primero en frágil navecilla  
Hendir las olas pérfidas, dejando  
Tras sí la tierra en que nació, y su vida  
Confiando al capricho de los vientos,  
Al lanzarse en las olas extendidas,  
En senda de aventuras, siendo solo  
Leve tabla de un tronco recojida,  
La que allí su existencia de la muerte  
Le separaba entonces! Aun la vista  
No se fijaba en el espacio: el curso  
De los astros ninguno conocia,  
Ni a las claras estrellas sujetábase,

Que esplenden en la bóveda infinita.  
Ni las pluviosas Híadas, entonces  
Las naves evitar aun no podían,  
Ni la influencia de la Cabra; aquella  
Del carro que siguiendo ya sin prisa  
El no jóven Boyero: Entonces Bóreas  
Y Céfiro, estos nombres no tenían.  
Sobre la inmensa mar osa el primero  
Sus velas desplegar Tifiso, y dicta  
A los vientos entonces nuevas leyes,  
Y tanto sabe aprovechar sus iras,  
Cual recibirlos á su vez si llegan  
De costado, abatiendo, si precisa,  
A medio mástil las antenas altas,  
O elevarlas aun más cuando en su misma  
Impaciencia, los vientos todos juntos  
El tripulante evoca, y cuando erguida  
La bandera de púrpura tremola  
Sobre la nave rauda y fugitiva.  
Nuestros padres lograron esos siglos  
De inocencia y virtud. En las orillas  
Que les vieron nacer, en paz entonces,  
Habitaban, y al cabo envejecían  
En la tierra que fué de sus abuelos,  
Satisfechos con poco, y por su dicha,  
De su nativo suelo los tesoros  
Nada más conociendo. Se aproximan,  
Las separadas tierras por la nave  
De Thesalia, y la mar es sometida  
Al golpe de los remos, y se une  
A todos nuestros males y fatigas,  
Los peligros sin número que ofrece  
Un extraño elemento. Allí se mira  
Correrlos á una nave desdichada  
Y provocarlos tanto en su osadía,  
Que costosa le es cuando se arroja  
Entre los montes célebres que fijan  
Del Euxino la entrada, y se estremecen  
Con el fragor del rayo, en tanto altiva  
La mar presa entre ellos, á las nubes  
Lanza la espuma que en sus olas brilla.  
A tal siniestro, Tifiso ya tiembla,  
Y abandona el timón su mano fría;  
Sus cánticos suspende el dulce Orfeo,  
Y queda muda su encantada lira;  
Argos mismo su voz pierde al instante.  
¿Mas qué? Cuando la vírgen de Sicilia

Que en el cabo reside de Pelora,  
De sus funestos canes circüida,  
Les hace aullar á un tiempo ¿quién no  
(tiembla  
Creyendo que esta horrible gritería  
La produce no más un monstruo fiero  
Que en las rocas oculta su guarida?  
¿Qué terror no sintieran en los mares  
De Ansonia, en la región azul y limpia  
De las Sirenas pérfidas que suelen  
Detener con la dulce melodía  
Y los encantos de su voz las naves,  
Que por las verdes olas se deslizan,  
Y arrastradas se sienten del dios Tracio,  
Por los acordes que armoniosos vibran?  
¿Qué premio obtuvo tan audaz viaje?  
Del áureo vellocino la conquista,  
Y Medea, mujer aun más temible  
Que temibles nos son las olas mismas,  
De los primeros que la mar surcaron  
Con tanto arrojo, recompensa digna.  
Acatando la mar hoy nuestras leyes,  
Doblega su cerviz ya más sumisa.  
No hace falta aquel Argos, bella nave  
Por la sabia Minerva construida,  
Tripulada por reyes. Por las olas  
Se aventura la frágil navecilla.  
Se cambiaron los límites antiguos,  
Y las gentes ciudades edifican  
En nuevas tierras. Dondequier el mundo  
Se cubre de naciones muy distintas,  
Y en su anterior lugar nada se encuentra:  
Todo en trastorno general se mira.  
El agua fresca del Araxe bebe  
El indio: el persa allí su sed mitiga,  
En el Elba y el Rhin. Llegará un tiempo  
En el camino que los siglos sigan.  
Que el Océano extenderá del globo  
El círculo, ofreciendo á la osadía  
De los hombres, ignota, inmensa tierra.  
Nuevos mundos la mar dilatadísima  
Llegará á revelarnos, y cual linde  
Del inundo no será Thule ya vista.

ACTO TERCERO

## ESCENA PRIMERA

LA NODRIZA, MEDEA

LA NODRIZA

¿Adonde vas tan rápida, hija mia?  
Detente ya; la cólera modera;  
Mitiga ese frenético arrebató.  
Cual furiosa bacante que va llena  
Del dios que así la agita, á la ventura  
Va cruzando del Pindo las laderas  
Que recubre la nieve, á la alta cumbre  
Del Nysa, allí la mísera Medea  
Iracunda agitándose, en su rostro  
Con la expresión del vértigo que ciega.  
Sus faciones se abultan al esfuerzo  
Que en su difícil respirar, la altera.  
Prorrumpe en gritos, con placer sonrie  
Y de llanto sus párpados se llenan:  
En su semblante las pasiones todas  
Á su vez van pintándose funestas.  
Amenaza, vacila, llora, gime,  
Se encoleriza. ¿En quién de tan inmensa  
Y tremebunda ira en su venganza,  
Irá el peso á caer? ¿Dónde la horrenda  
Tempestad va á estallar? Su rabia impia  
Que el ánimo suspende y amedrenta,  
Ya límites no tiene. No es un crimen  
El que á sus solas mísera proyecta,  
Común y fácil, ni delito usado  
El que medita en su rencor: á ella,  
Á ella misma á escederse va sin duda,  
Va á avergonzar á la salvaje hiena.  
Yo la he visto otra vez con las faciones,  
Á la cólera horrible descompuestas.  
Propónese esta vez algo espantoso,  
Cruel, impío, abominable: es fuerza  
Que algo ocurra, porque es la rabia suya,  
La que respira hoy. ¡Que falso sea  
Lo que presiento así! ¡Que yo me engañe  
Los altos dioses del Olimpo quieran!

MEDEA

Si pretendes saber, en tu desdicha,

Cuánto debes odiar, también recuerda  
Cuanto amaste..... Sin hórrida venganza  
Este enlace real, ¿cómo Medea,  
Yo, Medea, sufrir? ¿Y sin provecho  
Este día pedido con bajeza  
Y con viles desprecios alcanzada,  
veré perdido? En tanto que mantenga  
Su equilibrio en los aires nuestro mundo;  
En tanto que los astros den sus reglas  
Y su curso á las varias estaciones,  
Y contarse no puedan las arenas,  
Y el sol produzca el día, y que la noche  
Esmalte el cielo azul todo de estrellas,  
Y encima de las ondas intranquilas  
En el cielo la Osa se suspenda,  
Y que caminen á la mar los rios,  
La sed de la venganza que me quema,  
Y devora, muy lejos de extinguirse,  
Crecerá con más hórrida violencia.  
Ni la rabia, el furor que anima ardiente  
El crudo instinto de salvaje fiera;  
Ni Scila ni Caribdis cuyas simas  
De Sicilia y de Ausonia la ola inquieta  
Absorben, ni aquel monte cuyo peso  
Á Encélado así aplasta, el rojo Etna,  
Aun podrán igualar al odio mio,  
Al violento furor de mi inclemencia.  
Ni el torrente más ráudo, ni los mares  
Mas turbados, que braman y se encrespan,  
Ni del Euxino el curso apresurado  
Que furibundo el aquilon subleva,  
Ni la llama agitada por el viento  
Que ruje más feroz; nada pudiera  
Detener de mi cólera el impulso.  
¡Que todo se destruya y desaparezca!  
¿Dirá Jason acaso que á Creonte  
Y que al poder del que en Thesalia reina,  
Ha temido? En verdad que nada teme  
El verdadero amor. Cedió á la fuerza;  
Fué débil, pero al menos á su esposa  
Pudo ver, procurándose con ella  
Una corta entrevista. ¡ Hombre tan fiero  
No pudo ser audaz! Fácil le era  
Obtener de Creonte, el retrasarme  
Mi partida cruel. !Y se me deja  
Para abrazar mis hijos solo un día!  
No es mucho, no; mas me conformo: sea,

Porque sabré emplear con buen acierto,  
El tiempo tan escaso que me resta.  
En éste día, en este, uno tan sólo,  
Extrañas cosas se verán; de ellas  
En los futuros días ha de hablarse.  
Provocará á los dioses mi soberbia.  
Alzaréme en su contra, y yo en mí saña  
He de agitar á la natura entera.

#### LA NODRIZA

Tu razón se turbó con la desdicha.  
Apacigua tu espíritu, princesa.

#### MEDEA

No tendré calma alguna hasta que todo,  
Connigo en el abismo se sumerja.  
¡Connigo ya sucumba el universo!  
Todo connigo sin piedad perezca.  
Dulce es morir, si tras de sí se arrastra  
Á su ruina súbita y completa.

#### LA NODRIZA

Si en tu empeño persistes, no te burles  
Del peligro que corres; en él piensa.  
Imposible es sin riesgo, de los reyes  
Provocar el enojo y la soberbia.

#### ESCENA II

#### JASON MEDEA

#### JASON

¡Oh bárbaro destino! ¡Suerte impía,  
Cruel de igual manera, ya contraria  
O favorable ya! Los dioses altos  
No saben encontrar á mis desgracias  
Sino remedios ¡ay! que son peores,  
Á los mismos pesares que me matan.  
Si la fé conyugal guardar deseo  
Que á mi esposa juré, la muerte infausta  
Me es preciso afrontar, y si la muerte  
De mi he de rechazar, tiene mi alma

Que ser perjura entonces. No es el miedo  
El que olvidar me hace las sagradas  
Promesas del esposo; el temor solo  
De mí ternura inquieta y alarmada,  
Porque la muerte de mis hijos fuera  
Seguida de mi muerte sin tardanza.  
Si tú, Justicia incorruptible, habitas  
En el cielo, te invoco de mis ansias  
Por testigo. En el trance tan terrible  
En que mi triste espíritu se halla,  
Tal sacrificio por mis hijos cumplo.  
Su madre á no dudarlo, así enojada,  
Es violenta, y su genio, es irascible;  
Más á sus hijos que á su esposo ama.  
Probaré con mis súplicas á ella.....  
Ya á mi vista, su cólera y su saña  
Se despiertan. Retrátase en su rostro  
El odio concentrado: en él se hallan  
Las iras que se agolpan tremebundas,  
En el oscuro fondo de su alma.

#### MEDEA

He de huir, oh Jason: huiré; el destierro  
No es nuevo para mí; mas sí la causa  
Que me conduce á él. Por tí es preciso  
Que haya al fin... Ya abandono esta comarca.  
Partiré, mas al ser de tu palacio  
De este modo tan pérfido arrojada,  
¿Adónde quieres tú que me encamine?  
¿A Phasis, Yólcos, la que fué mi patria  
Y de mi padre el reino? ¿A las llanuras  
Con sangre de mi hermano ya regadas?  
¿Qué mares debo atravesar? ¿Adónde  
Mi errante paso dirigir me mandas?  
¿De Euxino he de cruzar por el estrecho  
Donde conduje las gloriosas armas  
De un ejército audaz todo de héroes,  
Y siguiendo á través las Simplegadas  
Á un adúltero amante? ¿Por asilo  
Me quieres dar los valles de Thesalia  
O bien Yólcos humilde? Cuantas sendas  
Te dije, para mí tengo cerradas.  
¿Adonde, pues, me envias? El destierro  
Me impones, pero no me dices nada  
Del lugar donde debo al fin sufrirlo.  
Es preciso partir, pues me lo manda

El altivo Creonte: le obedezco.  
De sus desprecios siéntome abrumada:  
Los tengo merecidos. De su cólera  
Apure la crueldad ese monarca  
En la triste rival de la hija suya;  
Encadene sus manos; en la infausta  
Prisión la abisme y en eterna noche  
De horrible sufrimiento. Resignada  
Considero que es menos tal castigo,  
Que el que sufrir merezco por mis faltas,  
Ser ingrato, recuerda aquellos toros  
Que vomitaban abrasantes llamas,  
Y á los tuyos y á tí de inmenso espanto  
En las venas la sangre les helaba;  
En la llanura aquella donde viste  
De súbito salir la mies extraña  
De guerreros armados, hijos todos  
De la tierra, los cuales en su audacia  
Al mandato no más de la voz mía,  
Hicieron entre sí fiera matanza.  
El escudo recuerda de aquel Frigio  
A quien rico despojo conquistaran,  
Y el dragón que el espanto era de todos,  
Y despierto, en continua vigilancia,  
Obligado á ceder por vez primera  
De irresistible sueño á la asechanza;  
Mi hermano muerto y los delitos tantos  
Que en un crimen ya único se hallan  
Para mí resumidos, y los hijos  
De Pelias que osaron engañadas  
Por mis artes, en míseros fragmentos  
Destrozar á su padre, en la esperanza  
De que con nuevo ser reviviría,  
Porque así lo anunciaron mis palabras.  
No olvides, no, que por seguir tus pasos  
A otro reino, yo el mio abandonaba,  
Por los hijos que esperas de tu esposa,  
Por la paz que te ofrece el régio alcázar  
De Creonte; por esos indomables  
Y fieros monstruos que vencí en batalla;  
Por mis manos dispuestos á servirte  
Y á tu sola defensa consagradas;  
Por el cielo y la mar, fieles testigos  
De promesas que hicieren nuestras almas;  
Ten piedad de esta mísera; mi labio  
Te lo mega; concédeme por gracia,  
En medio de tu próspero destino,

El premio de esos bienes que te daba.  
De las riquezas todas que el Scita  
Se apoderó tan lejos, y á mi patria  
De los índicos campos florecientes  
Ha traído, de aquellas que eran gala  
Allí en nuestros palacios; los montones  
De oro que en los mismos rebosaban,  
Siendo entonces espléndido ornamento  
De nuestras verdes selvas dilatadas;  
Nada traje en mi fuga: solamente  
Los miembros de mi hermano, y tu la causa  
De todo, por que á tí he sacrificado  
Padre y hermano, mi pudor, mi patria.  
Tal es el dote que me diste. Dame  
Estos bienes que al fin hoy me arrebatas.

JASON

La existencia quitarte pretendia  
Creonte en su furor, pero á mis lágrimas  
Conmovido, decreta ya tan sólo  
Tu destierro. Concédeme esa gracia.

MEDEA

¡Mi destierro! ¿Y lo mira cual castigo?  
Un favor es más bien.

JASON

Pues sin tardanza  
Huye, sí; tienes tiempo. De los reyes  
La cólera es terrible y anonada.

MEDEA

¿Y tu consejo es ese? Y por tu esposa  
Mi fuga así pretendes? ¿Y librarla  
De una odiosa rival así procuras?

JASON

¡Y por tales amores tan airada!  
¡Culparme en su rencor así Medea,  
Cual si yo sus desdichas provocara!

MEDEA

Te reconvengo, sí; por tus perfidias,  
Tus negros homicidios y venganzas.

JASON

¿De qué crímenes puedes acusarme?

MEDEA

De todos los que hice.

JASON

¡Eso faltaba!  
Que de todos tus crímenes infaustos,  
Como su autor, cual dices, me tomaran.

MEDEA

Los tuyos son sin duda, mis delitos.  
El crimen es de aquel que al fin alcanza  
El fruto que produce. Aun cuando fuese  
Por las gentes, por todos infamada,  
Tú solo en mi defensa deberías  
Sostener mi inocencia. Quien se halla  
Culpable por tí solo, ser debiera  
Pura á tus ojos y en su honor sin mancha.

JASON

La vida es un suplicio, si se siente  
Vergüenza de tenerla y de alentarla.

MEDEA

Cuando tal beneficio así avergüenza,  
Conservarse no debe.

JASON

Digna calma  
Templar debiera tu furor cruento.  
De tus hijos acuérdate.

MEDEA

¡No! ¡Calla!  
Yo reniego de ellos: los rechazo,  
Si ha de darles hermanos la que llamas Tu esposa.

JASON

Como reina prestar puede  
A los hijos de madre destronada  
Un asilo, y es harto poderosa  
Para darles su amparo en su desgracia.

MEDEA

¡ Ay, los dioses perdonenme la afrenta  
De ver mi sangre ilustre así mezclada  
Con la sangre de estirpe tan inicua!  
¡Que aquellos que del Sol hijos se llaman,  
A los hijos de Sísifo se vean  
Unidos cual si fuesen de su raza!

JASON

¿Porqué ese afan cruel de que así entrambos  
Nos perdemos á un tiempo? Al punto mar-  
(cha:  
Te lo ruego.

MEDEA

Mis súplicas ha oido  
Hasta el mismo Creonte.

JASON

¿Acaso alcanza  
Mi poder á salvarte? ¿Qué hacer puedo?

MEDEA

Por mí, hasta el crimen.

JASON

En sus ferreas garras  
Dos monarcas me tienen.

MEDEA

A Medea,  
En ese mismo extremo que te hallas,  
Tienes tú, que es más fuerte y más temible.  
La prueba hagamos: esgrimir mis armas  
Combatiéndolos déjame, y sea el premio  
Del triunfo Jason, en la batalla.

JASON

Mis fuerzas ha agotado el infortunio:  
Tú misma teme ser atormentada  
De nuevo por los males que sufrimos,

MEDEA

La Fortuna de mí siempre fué esclava.

JASON

Acastes se aproxima; aquí más cerca,  
Es temible Creonte.

MEDEA

Huya tu planta  
De entrambos: yo no exijo que levantes  
Contra tu nuevo príncipe tus armas.  
No te exige Medea que tus manos  
Se manchen con la sangre derramada  
En la regia familia que te encuentras.  
Sígueme luego, y tus virtudes guarda.

JASON

¿Y quién ha de acudir á defendernos,  
Si Creonte y Acastes se aliaran?  
¿En tan doble contienda, quién nos sigue?  
Es empresa imposible y temeraria.

MEDEA

A sus huestes añade la de Yólcos  
Bajo el mando de Eetes, su alianza  
Con los Scitas y los griegos fuertes,  
Y á todos los verás bajo las aguas  
De la mar perecer.

JASON

El áureo cetro Un terror inmensísimo me causa.

MEDEA

Codícialo más bien.

JASON

Pudiera acaso  
Sospechosos hacemos nuestra plática,  
Y seguirla es espuesto.

MEDEA

Pues te muestras  
De tal modo, oh tú Japiter que mandas  
En los dioses; resuene en los espacios  
Del trueno el ronco son; la diestra arma,  
Y el universo quebrantado estalle  
Al rayo aterrador de las venganzas.  
Al ser que debe aniquilar no elija:  
El ó yo, que el que sufra al fin su saña,  
Un culpable será: no se equivoca  
Cayendo sobre entrambos.

JASON

Con más calma  
Discurre, y más discretos pensamientos  
Te dominen, pues, ya. Si en el alcázar  
De Creonte, existiera algo que temple  
De tu destierro la amargura tanta,  
Pedirlo puedes.

MEDEA

Mi desprecio tengan  
Los tesoros que guardan los monarcas.  
Que siempre así los desprecié no ignoras.  
Deja que solo con mis hijos vaya  
Á mi destierro; en él que me acompañen,  
Y en su seno verter pueda mis lágrimas.  
Tú tendrás nuevos hijos.

JASON

Bien quisiera  
Acceder complaciente á tu demanda.  
Quisiera, sí; pero el amor paterno  
Me lo impide, y Creonte no alcanzará  
De mí nunca, jamás tal sacrificio  
Aunque es rey. Son los lazos que me atan  
Á la vida, y el único consuelo  
En los rudos tormentos que me asaltan.  
Antes más bien, renunciaré hasta al aire  
Que respiro, á mis miembros, á la clara  
Luz que aparece con el nuevo día;  
A la luz, que es la vida y la esperanza.

MEDEA

¡Cuánto quiere á sus hijos!; Cuánto  
(sufre!  
¡En mi poder está! ya donde alcanza  
Mi mano á herirle, sé. Deja que al menos  
Con mis últimos besos les dé el alma.  
Tan supremo favor que así te pido,  
No me puedes rehusar. Cuanto en mi rabia,  
Mis arrebatos dije, olvida al punto.  
Un recuerdo más grato de mí guarda,  
Y bórrense esta, vez de tu memoria,  
Cual hijas del despecho, mis palabras.

JASON

Al olvido las dí. Sólo te ruego  
El exceso moderes que te causan  
Tus infortunios tantos; que procures  
Que el reposo en tu pecho al fin renazca.  
Con la mayor resignación se endulza  
La amargura que aflige en la desgracia.

MEDEA

¡Se va!..... ¡Y así me deja! ¡Así se olvida  
De mí, de mis tormentos, y de tantas  
Pruebas de amor y beneficios tantos!  
¡A qué funestos crímenes me lanza!  
¿Ya de mí no se acuerda? ¡Oh, ya nunca  
Te podrás acordar! Vamos, prepara  
Tus recursos, Medea, tus malicias

Y todo tu poder. Al fin alcanzas  
Conocer bien el crimen, como fruto  
De tantos como has hecho siempre impá-  
(vida.  
Disponte ya al castigo no esperado;  
Hierre en el sitio en donde no se aguarda  
Ni la defensa se previene. Ahora  
La astucia no me sirve; es recelada.  
¡Adelante! Es preciso que ejecutes  
Lo que está en tu poder. ¡Valor y audacia!  
Y tú, débil nodriza, de mis penas  
La confidente sólo, y mi compañia  
En mi inquieta existencia, ven; secunda  
Mis propósitos tristes. Aun se halla  
En mi poder un manto que es prodigio,  
Celeste don que mi familia guarda  
Y del trono magnífico de Yólcos,  
La más hermosa y deslumbrante gala,  
Por el Sol á mi padre concedida  
Como señal de su progenie alta.  
Tengo aún una espléndida diadema  
Y un collar que es de oro en que se esmaltan  
Brillantes piedras, que en mi adorno uso.  
A la feliz esposa estas alhajas  
De mi parte ofrecidas por mis hijos  
Quiero, pues, que le sean: impregnadas  
Serán antes por mí de un filtro mágico  
Que conoce mi ciencia y mi venganza.  
Invoquemos á Hecate y vamos luego  
Al fúnebre holocausto, y ante el ara  
Acudiendo en seguida, se levante  
Del sacro fuego la esplendente llama

### ESCENA III

#### EL CORO

Ni la violencia de voraz incendio,  
Ni el impulso del viento, ni del dardo  
La rapidez, se igualan en temibles  
Al furor y la cólera asociados,  
De la mujer que repudiada, á un tiempo  
El odio abriga y el amor infausto.  
Cuando la brusca tempestad de súbito  
Se desata, en sus soplos es el ábrego  
Menos fiero, y aun es menos furioso  
El Danubio al lanzarse en curso rápido

Destruyendo los puentes, de sus márgenes  
Saliéndose indomable y desbordado.  
Aun el Ródano es menos temible  
Cuando rechaza el poderoso amago  
De las olas riel mar; menos temidos  
Son los roncotes torrentes engruesados  
Con las nieves del fiemo derretidas  
Del sol ardiente á los hermosos rayos.  
El amor que se agita por el odio,  
Ciego es: nada puede moderarlo  
Y detenerle nada: arrostra al punto  
Hasta la muerte misma, y vuela impávido  
Ante la punta de la espada. ¡Oh dioses,  
Piedad! Vuestra clemencia os imploramos.  
Las horas proteged del héroe invicto  
Que las olas del mar ha doblegado.  
Mas el rey de las olas, la venganza  
Del ultraje á su imperio, está anhelando.  
El vanidoso jóven que atrevido  
Del Sol eterno dirijiera el carro,  
Y olvidó de su padre las lecciones,  
Sufrió el castigo á su imprudencia, infausto,  
Y envuelto entre las llamas con que al  
(mundo  
Dió catástrofe tal, se vió abrasado.  
No sin peligro por iguales sendas  
Se aventura el audaz. Seguid el paso  
Y el seguro camino que de há tiempo  
Vuestros dignos mayores os trazaron,  
Y en vuestro ardor febril nunca intentéis  
Romper aquellos límites sagrados  
Que los mundos separan. Todos esos  
Los que célebres remos han usado  
De atrevidos bajeles, y su sombra  
Á las sagradas selvas les quitaron  
Allá en el Pelion; todos aquellos  
Que entre escollos movibles y entre bajos  
Lanzáronse despues; los que peligros  
Sin numero, en los mares afrontando,  
En las distantes costas al fin viéronse  
De un país agresivo, adusto y bárbaro,  
Para buscar el oro que llenaba  
En su avidéz sus codiciosas manos;  
Su sacrílega audacia con la horrenda  
Y provocada muerte han expiado.  
Por vengar sus derechos, desafía  
El abismo á los náutas más impávidos.

De entre todos es Tífiso el primero:  
Deja el timón en inexpertas manos;  
Sufre la pena del fatal descuido;  
Muere lejos al fin de tus Estados,  
Y en la tumba común yace hasta el día.  
En la sombra, sin gloria y olvidado.  
Aulis detiene en el seguro puerto  
Las impacientes naves de su mando,  
En la contraria calma, noticioso  
De la muerte que halló su soberano.  
El hijo de Calíope, el que hacia  
Con su armoniosa lira el curso rápido  
Suspende de los ríos, y á los vientos  
Imponía el silencio, y que lanzando  
Á torrentes armónicos sonidos,  
Al ave hizo olvidar sus dulces cantos,  
Y obligaba á los bosques á seguirle;  
De Tracia en las llanuras destrozado,  
Su cabeza del Hebro dio á las olas  
Que tristes la acogieron murmurando.  
Para siempre revive, desde entonces  
De la Stigia en las márgenes y el Tártaro.  
De los hijos del Bóreas se vio Alcides  
Vencedor. Casi muerto por su brazo,  
De Neptuno fué el hijo tan famoso  
Por tanta metamorfosis. Tan bravo  
Adalid á su vez cuando la tierra  
Y la mar hubo al fin pacificado.  
Después de haber las puertas del imperio  
De la sombra eternal hecho pedazos,  
Encontróse tendido y aun con vida  
En la hoguera del Eta, y ya entregando  
A la llama voraz todo su cuerpo,  
Consumido perece ante el engaño  
Como aleve funesto, por el traje  
Sangriento de aquel Neso, regalado  
Por su postrera esposa enamorada,  
Anceo halló su muerte á los extragos  
Del cruel jabalí, y en sus colmillos;  
Y tú á tu vez, temible Meleagro,  
Con tus impías manos degollaste  
De tu madre á los míseros hermanos,  
Cuya muerte vengada con la tuya  
Fué por ella. ¡Oh que crímenes nefandos!  
Tales héroes la muerte merecieron.  
¿Mas qué crimen pudiera haber culpado  
A aquel tierno mancebo que no pudo

Encontrar el gran Hércules, y al cabo  
Pereció en la corriente, en una ola  
Apacible y ligera? ¡Héroes magnánimos,  
Afrontad de la mar esos azares,  
Sufrid sus iras y sus riesgos tantos,  
Cuando un simple riachuelo así os ofrece  
Tales peligros en su curso manso!  
Idmon no obstante de su oculta ciencia  
De lo que está por ser, fué devorado  
Por una sierpe en la arenosa Libia,  
Y Mopsas que en su acierto confiando,  
A su vez anunció á sus compañeros  
Su muerte infausta, desmintió su oráculo:  
Él solo sucumbió lejos de Tébas.  
A creer sus proféticos relatos.  
A errante vida vióse en el desierto  
El esposo de Tétis condenado.  
Aquel que las hogueras engañosas  
Pretendia encender, el fuerte Nauplio,  
Por vengarse del Griego, vino entonces  
A encontrar en su vez un fin infausto;  
A lanzarse en el fondo de los mares.  
Aquel hijo de Oileo, así expiando  
De su padre los crímenes, hundido  
En las olas se vió por fiero rayo.  
Generosa y magnánima Alcestea  
Por salvar de Thesalia al soberano,  
Su esposo, sucumbió; y aquel, por último,  
Que mandó trasportar el asiático  
Despojo, y en su nave, la primera,  
El áureo vellocino, aquel tan bravo  
Pelias, cuando el mundo cruzó todo,  
En hirviente caldera fué arrojado;  
Y quien así brilló sobre la tierra.  
Fué consumido en tan estrecho espacio.  
¡Oh deidades potentes! ya á los mares  
Vengásteis con exceso. Sed más blandos,  
Y á Jason perdonad: á su despecho  
A esa empresa atrevida fué lanzado,

## ACTO CUARTO

### ESCENA PRIMERA

## LA NODRIZA

¡Oh qué espanto, qué horror del alma mía  
Se apodera! Las iras que destrozan  
De Medea el espíritu, recrecen,  
Se inflaman y renúevanse espantosas.  
Y su delirio con furor renace.  
En tales arrebatos que acongojan,  
Ya la oí muchas veces, á los dioses  
Osada apostrofar, ardiendo en cólera,  
Y al mismo cielo hacer que á su obediencia  
Se mostrase sumiso. Mas ahora  
Debe ser más terrible y más extraño  
Lo que está meditando allá á sus solas;  
Porque apenas veloz de aquí marchóse  
Para encerrarse en la masion umbrosa,  
Su cruel santuario, en él despliega  
Su poder que es tan grande, y confecciona  
Esos filtros que siempre vió con miedo,  
Y todo cuanto sabe que provoca  
Los males, los ocultos maleficios,  
Y que nadie es posible que conozca.  
Sobre el ara fatal su diestra mano  
Extendiendo iracunda y misteriosa,  
Á cuantas rudas fieras de la Libia  
Producen las arenas ardorosas;  
Cuantas oculta la guarida helada  
Bajo la eterna nieve que está en toda  
La comarca de Tauro; á cuantos mónstruos  
Pudieran haber, á su presencia evoca.  
Á sus mágicas voces atraídos,  
Innúmeros reptiles abandonan  
Sus inmundos refugios. Una sierpe  
Ya vetusta, adelántase y se enrosca,  
Y deshace después no sin esfuerzos,  
Los dilatados círculos que forma.  
Agita sus tres dardos; con sus ojos  
Busca su presa, amenazante y torva,  
Mas los mágicos gritos la detienen;  
Repliega sus anillos recelosa.  
Y en espiral su cuerpo deja erguido.  
«Los mónstruos que nacieron en las hondas  
Guaridas de loa troncos, no me ofrecen,  
Medea así murmura misteriosa.  
Sino vulgares, míseros recursos.  
Al cielo es al que debo esa ponzoña.  
Que mata demandar. Tiempo es que olvide

Los comunes encantos. Baje ahora  
Á mis conjuros la serpiente enorme  
Que en el cielo se extiende pavorosa  
Como si fuera dilatado río,  
Y la cual con sus nudos aprisiona  
A dos monstruos, que siempre favorecen,  
El mayor á los griegos en sus glorias,  
Y el menor á los tirios. Serpentario  
Los brazos abrirá con que sofoca  
Al reptil gigantesco, y su veneno  
Le obligará á que arroje sin demora.  
También anhelo que á su vez sumiso,  
Al eco de mi voz Piton responda;  
El que con dos deidades sin espanto,  
En su ira maléfica y sañosa,  
Se atreve á combatir. Quiero que pronto  
De Lerna aquella hidra aterradora  
Venga á mí con sus múltiples cabezas  
Que renacer se vieron asquerosas  
Bajo el brazo de Hércules; y á un tiempo,  
Oh tu el dragon de Yólcos, llega ahora;  
Acude, tú el custodio vigilante  
Que fué el espanto de las gentes todas,  
Y el que por vez primera adormecido  
Á mi mágica voz, cedió en su cólera.»  
Cuando siniestra convocó á los móns  
(truos,  
Confundió aquellas plantas venenosas  
Que nacen en las cúspides inhiestas  
Del Eríx. y en las nieves que rebosan  
Eternas en el Cáucaso, regadas  
Con negra sangre que del pecho brota  
Del triste Prometeo, y la que sirve  
Para dar su maléfica ponzoña  
Á las flechas de indómitos guerreros  
De la Arabia Feliz, de Medas tropas  
Al arquero, y al Parto belicoso  
Y aquellas recogidas en las sombras  
De la selva Herciniana, en clima helado,  
Por los fuertes Suevos. Cuantas hojas  
De veneno infiltradas reproduce  
La tierra en esta época en que forman  
Los pájaros sus nidos; las que engendra  
Cuando la selva el aquilon azota  
Y con sus soplos bruscos y temibles  
De sus floridas galas la despoja,  
Cuando el rigor del frio ha encadenarlo

Á la región terrestre; cuantas otras  
Yerbas extrañas de virtud diversa,  
Mortal veneno esconden, se ven todas  
Retorcidas y así por sus raíces  
Los maléficó jugos que atesoran,  
Extraídos á un tiempo. Entre sus manos  
Estrújalas Medea. De las lomas  
De Athos en Thesalia, la una vino,  
De las cumbres del Pindo aquella. Adorna  
La levantada cima del Pangeo,  
La que su tierna frente débil dobla  
Á la cortante hoz. De tales plantas  
Unas fueron cogidas en remotas  
Comarcas y del Tigris en las márgenes  
El de profundas aguas; fueron otras  
Del Danubio en la orilla; y en las áridas  
Llanuras donde corren y se agolpan  
Las aguas del Hidaspe que en su curso  
Arrastran sin cesar piedras preciosas,  
Y en las riberas del undoso Bétis  
Que dá su nombre á las comarcas todas  
Que baña cuando corre ya á extinguirse  
Del mar de Hesperia en las tranquilas olas.  
Las unas con el hierro se cortaron  
Cuando el sol ya no guía su carroza,  
Las otras en la noche más profunda,  
Entre las tristes y siniestras sombras;  
Y por último, aquellas se arrancaron  
Por la encantada uña poderosa,  
De la maga fatídica. Medea  
El vegetal mortífero reboza  
Y riega con veneno de serpientes  
Y de siniestras aves la ponzoña,  
Con la sangre humeante y el negruzco  
Corazón de algún buho, y las ya rotas  
Entrañas vivas del fatal mochuelo  
Cuyo quejido es lúgubre y asorda.  
La malévola maga así reúne  
Tan varios elementos; los que logra  
Ver penetrados del activo fuego  
Que es más abrasador y más sofoca,  
Y del frio extremado. A todo entonces  
Añade sus no menos tenebrosas  
Y terribles palabras. Pero escucho  
El rumor de sus pasos. Ya las fórmulas  
Sagradas en sus labios se pronuncian,  
Y el mundo se estremece á su voz sola.

## ESCENA II

### MEDEA

Oh fúnebres deidades, ciego cáos,  
Alcázar del monarca del Averno,  
Negras sombras, cavernas de la muerte  
Defendidas del curso soñoliento  
De los tartáreos rios, yo os invoco  
Y vuestro auxilio en mi venganza quiero.  
Almas culpables, suspended ahora  
Vuestros suplicios hórridos, y luego  
Presurosas venid: vuestro concurso  
Dé esplendor y grandeza á este himeneo.  
La piedra singular que despedaza  
Del rendido Ixion los tristes miembros,  
Deténgase y tocar le haga la tierra,  
Y Tántalo beber pueda sereno  
Las aguas del Pirene. Necesito  
Del que mi esposo ha sido, para el suegro,  
El más desconocido, el más insólito  
De todos los suplicios y tormentos;  
Que la roca de Sísifo movable,  
Sus brazos deje descansar, y presto,  
Oh Danáidas. vosotras que así en vano  
Gastais con tal constancia inútil tiempo  
Sin tregua, con ardor y con fatiga,  
En desear vuestros toneles llenos;  
Venid todos, venid: digna es la empresa  
Que hoy yo debo cumplir, de vuestro es-  
(fuego.  
Y tú á quien llaman mis conjuros todos,  
Tú el astro de las noches, al momento  
Á la tierra descende con la forma  
Más siniestra y temible, y los horrendos  
Terrores tan vivísimos que infunde  
Tu triple rostro de tan vario aspecto.  
Por ti, según costumbre de mi patria,  
En mis hombros soltando los cabellos,  
Vagué en el bosque solitario errante  
Y con desnudos piés; hice del cielo  
Sin nubes, descender copiosa lluvia;  
Bajar hice los mares; hice luego  
Retroceder al fondo de su abismo

A las olas que agitan el inmenso  
Océano. Turbé de la natura  
Las leyes, mi poder así ejerciendo,  
Y á la vez ofrecí la luz del día  
Y los nocturnos astros de los cielos,  
Y á la Osa obligué que á hundirse fuera  
En las olas que nunca la admitieron.  
Troqué las estaciones; del estío  
Hice brotar bajo el ardiente fuego,  
A las lozanas flores, y las mieses  
Maduraron al frío del invierno.  
Hice de Phasis el potente curso  
Á su origen volver; tuve sujeto  
El del Danubio; encadené sus ondas  
En sus cauces distintos. A mi anhelo  
Engruesóse la mar sin el auxilio  
De los terribles y encontrados vientos;  
Las selvas á mi voz sus densas sombras  
En luz trocaron; de alumbrar el cielo  
El mismo sol en su carrera ardiente,  
Cesó al mandato de mi altivo acento.  
Temblar hice á las Híadas. Oh Hecate,  
Á tu solemne sacrificio es tiempo  
Que al fin asistas. Con sangrienta mano  
La corona formé, sólo en mi afecto  
Hacia ti. que circunda nueve veces  
La serpiente que fué parte del cuerpo  
De Tifoe, que indómito y osado,  
Del alto Jove conmovió el asiento.  
Del pérfido reptil tiene la sangre  
Que á Deyanira al sucumbir dió Neso;  
De la hoguera de Etha las cenizas,  
E impregnada se encuentra del veneno  
Que consumió de un Hércules las carnes.  
De Althea aquí la llama estás ya viendo,  
De aquella tierna hermana y madre fiera  
En su venganza horrífica, y á un tiempo,  
Las plumas que ostentaron las Arpías  
Y en un antro dejáronlas, huyendo  
Del alijero Zetes, y las otras  
Que tan famosas á su vez se hicieron,  
Á las aves de Sínfalo arrancadas,  
Por los agudos dardos tan certeros,  
Los que templados fueron en la sangre  
De la Hidra de Lerna, el mónstruo horren-  
(do  
Mas el ara estremécese: conozco

Que deidad favorable, en tal momento  
Mis trípodes agita: ya de Hecate  
El carro rapidísimo contemplo,  
No el que conduce en las umbrosas noches  
Cuando refulge en el oscuro cielo  
Con vivas luces su argentino disco,  
Sino aquel en que sube cuando siendo  
Vencida por los pérfidos encantos  
De las mujeres que habitan en el suelo  
De Thesalia, la lúgubre apariencia  
Toma, y reduce á su ademan siniestro,  
La curva que describe en el espacio  
Sin límites del ancho firmamento.  
Esa pálida luz triste y sin brillo  
Que en los sutiles aires va vertiendo,  
¡Cuán me place! ¡Oh deidad, á las naciones  
Infundes tú desconocido miedo!  
Llama, pues, porque vengan en tu auxilio,  
Á los corintios címbalos. Te ofrezco  
Un solemne holocausto sobre un césped  
Que empapado está en sangre. Por tí en-  
(enciendo  
Con antorchas sacadas de las tumbas,  
Esos errantes y nocturnos fuegos;  
Por tí pronuncio las sagradas frases,  
Mi vista á un lado y otro dirigiendo;  
Por tí á merced del aire y esparcidos,  
A mi espalda, abandono mis cabello  
Por una cinta apenas sujetados,  
Cual si asistieran á fúnebre cortejo;  
Con tí este ramo de ciprés sacudo,  
En las aguas que corren entre el cieno  
De la Estigia mojado, y tan desnuda  
La parte superior ves de mi cuerpo,  
Cual lúbrica bacante; y ya mi brazo  
Con el puñal sagrado en el momento  
Voy á herir y á verter mi sangre misma  
Sobre el altar que en mi presencia tengo  
Acostúmbrate, pues, oh diestra firme,  
A manejar el sanguinoso acero  
Y á hacer correr la sangre que me es cara.  
Ya me he herido, y saltar súbito veo  
El sagrado licor. Si así te invoco  
Tantas veces, perdóname mis ruegos  
Importunos. Ahora cual fué siempre,  
Es Jason quien me obliga á que de nuevo  
Implore tu asistencia. Haz se introduzca

En este traje de tan rico aspecto  
Que destino á Creusa, el más activo,  
Poderoso, eficaz de los venenos;  
Y al vestirlo devórele la llama  
Sutil, hasta abrasar sus mismos huesos.  
Pondré en este collar fuego invisible,  
El que dado me fué por Prometeo,  
Tan crudamente castigado un dia  
Por aquel hurto audaz que hizo en el cielo,  
Y que el arte enseñóme de servirme  
Del mismo, con feliz y pronto éxito.  
Otro fuego Vulcano también dióme,  
En leve capa sulfurosa envuelto.  
Otros activos que produce el rayo,  
Cual el sacado de Facton, poseo,  
De aquel hijo, cual yo, del Sol ardiente.  
Tambien las llamas de Chimera tengo,  
Y aquellas otras que los bravos toros  
De Yólcos inflamaban en sus pechos.  
Con la hiel de Medusa están mezcladas  
Porque conserven su virtud. Mi ruego  
Atiende por favor, divina Hecate;  
Acrecienta el vigor de estos venenos,  
Su horrorosa virtud, y con la tuya  
Alienta la semilla de este fuego  
Que encubren mis presentes. Haz que al

(punto

A su contacto y vista, los recelos  
No puedan suscitarse, y que penetre  
De improviso en las venas, en el seno  
De mi odiada rival; que sin tardanza  
Su ser se descomponga, y que sus huesos  
Se disipen cual humo, y que abrasados  
De tan gentil esposa los cabellos,  
Más fúlgido esplendor de sí despidan  
Que la antorcha encendida en su himeneo,  
Mis votos son cumplidos. La alta Hecate  
Triple aullido hace oír ronco y tremendo,  
Y la luz de su antorcha funeraria  
Ha dado la señal en el momento.  
El encanto cumpliósse, A mi presencia  
Haré vengan mis hijos que muy luego  
Llevarán estos dones tan preciosos  
Á mi feliz rival. Adiós, os dejo,  
Hijos ¡ay! de una madre infortunada.  
Por las dádivas estas que os entrego,  
Ganad el corazón de una querida

Y el de una madrastra. Partid presto  
Para que pueda aun entre mis brazos  
Gozar vuestras caricias que ya pierdo,

### ESCENA III

#### EL CORO

¿ A dónde descompuesta, extraviada  
En su cruel amor, parte corriendo  
Esa loca bacante? En el delirio  
Que la devora así, ¿qué crimen nuevo  
Medita aún? Su rostro está inflamado  
Por la violenta cólera, y con gestos  
Ferozes y temibles, con soberbia  
Su frente eleva; su ademán siniestro  
De amenaza es al rey. ¿Quién se pensara  
Que sentenciada encuéntrase al destierro?  
Al ardiente calor de sus mejillas,  
La palidez sucédese; el reflejo  
De todos los colores va mostrándose  
En su mudable faz. Lánzase luego  
Por donde quier al modo que la hembra  
Del tigre, á quien quitaron sus hijuelos,  
En la veloz carrera va husmeando  
De las selvas del Ganges los senderos.  
Así no sabe dominar Medea  
Ni su amor ni sus odios tan funestos.  
¿Qué podrá acontecer? ¿Cuándo esta furia  
Nacida en Yólcos, dejará en sosiego  
Esta hermosa comarca? Cuándo, al cabo,  
De su presencia libraré á este reino  
Y á nuestros reyes, del terror que inspira,  
Por su espíritu audaz, torpe y maléfico?  
Oh Sol, las riendas de tu ardiente carro  
No aflojes; antes bien, deja que el velo  
De la noche, suceda de tus luces  
Al siempre grato resplandor benéfico,  
Y que el astro aparezca que á este día  
De inquietud y de azares, ponga término.

### ACTO QUINTO

#### ESCENA PRIMERA

## UN MENSAJERO, EL CORO, LA NODRIZA, MEDEA, JASON

### EL MENSAJERO

Ya todo ha perecido: ya no existe  
Esa egregia familia: sólo quedan  
De la hija y del padre, ya mezcladas  
Las calientes cenizas.

### EL CORO

¿Cuál pudiera  
Ser la causa de un fin tan tremibundo?

### EL MENSAJERO

El que pierde á los reyes de la tierra,  
Los presentes y dádivas.

### EL CORO

¿Qué lazo  
Podían ocultar?

### EL MENSAJERO

No sé; no acierta  
A explicarlo mi asombro. La catástrofe  
Ha ocurrido, y vacilo aun en creerla.

### EL CORO

¿Mas como sucedió?

### EL MENSAJERO

Fuego inclemente  
De súbito estalló, cual si estuviera  
Sumiso á una señal, y repentino  
Por el alcázar todo con tal fuerza,  
Que un montón de cenizas es tan sólo,  
Y ya peligra la ciudad entera,

### EL CORO

Es preciso extinguir tan brusco incendio.

#### EL MENSAJERO

Lo que nadie es posible que comprenda  
En tan fatal siniestro, es que á la llama  
Irrita más el agua y más la aumenta,  
Y cuanto más ahogarla se procura  
Más extiende su estrago y se renueva,  
Y en los mismos obstáculos que mira  
Oponérsele al paso, más se alienta,

#### LA NODRIZA

Idos pronto; dejad de los Pelópidas  
Esta odiada mansión. Partid, princesa,  
Y buscad un refugio más seguro  
Donde podáis, distante de estas tierras.

#### MEDEA

¿Huir dices? Si hubiera antes marchado,  
A ver este espectáculo volviera.  
De ese nuevo himeneo me complace  
Presenciar, como ves, las dignas fiestas.  
¿Por qué ya detenerte? Sigue, sigue  
Tras de comienzo tan feliz, Medea.  
Leve parte no más de la venganza,  
Es el gozo que así ya experimentas.  
¡De una esposa á Jason haber privado,  
Crees, insensata, que bastante sea!  
Un castigo no visto que á tí misma  
Tu poder te atestigüe, al punto inventa.  
Los más sagrados lazos rompe luego;  
Remordimientos vanos vayan fuera.  
La venganza es aun débil, si en las manos  
Un átomo han dejado de pureza.  
Reanima tus rencores; de tu cólera  
Los encontrados ímpetus despierta;  
Busca en el fondo de tu ardiente alma  
Cuanto excite el furor y la violencia.  
Justas y dignas tus acciones todas  
De tu vida anterior hoy aparezcan;  
Cuan ligeros, y parcos y vulgares  
Son mis delitos cometidos, vean,  
El preludeo se vió de mis venganzas;

Fáltales algo para estar completas.  
¿Qué maldades enormes por mi mano  
Podría cometer como inesperta?  
¿A cuáles conducir pudo el delirio  
De una tímida vírgen? Eso era  
En tiempos ya pasados, pero ahora  
Ya soy otra distinta: soy Medea,  
Y en las alas del crimen ya crecido,  
Mi genio libre y sin temores vuela.  
Mi gozo sí, mi gozo es que á mi hermano  
Del cuerpo separasen la cabeza,  
Y que por mí sus miembros de tal modo  
Con saña horrible separados fueran.  
Me complazco en haber desposeido  
De un tesoro á mi padre, y que quisieran  
Para el suyo decrepito, las hijas  
De Pelias, la muerte, á mi influencia.  
Busca el objeto en que cebarte quieres,  
¡Oh venganza! no hay crimen que mi diestra  
No pueda ejecutar. ¿Dónde tus golpes  
Que son tan fuertes, dirigir intentas?  
¿Con qué dardos pretendes que sucumba  
Tu pérfido enemigo? Una secreta  
Resolucion, un bárbaro deseo  
Que aun dudo si á decírmelo me atreva,  
Formé en mi corazón ¡ Ay imprudente,  
No tanto te apresures! ¡Oh, pluguiera  
A los cielos que esposo tan perjuro,  
De mi rival tuviese descendencia!  
Mas supon que los tuyos han nacido  
De esa misma Creusa. ¡Si así fuera!  
¡Oh catástrofe horrible! Esta venganza  
Todo mi ser, mi pensamiento llena,  
Es magnífica, sí, porque este crimen  
A mis crímenes todos los supera  
¡Disponte á esa maldad! Hijos que fuisteis  
Los míos, sufrireis vuestra sentencia:  
Los delitos que son de vuestro padre,  
A expiar vais á manos de Medea.  
¡Pero cuán me estremezco! ¡Cuán helada  
La sangre ya discurre por mis venas!  
¡Cuán mi perverso corazón se turba!  
¡Ay, mis iras de súbito se amenguan,  
Y la venganza de la esposa, el puesto  
A los afectos de la madre deja!  
¿Y qué, la sangre de mis propios hijos,  
De los seres que traje yo á la tierra,

Pudiera yo verter? ¡Delirio infausto!  
¡Oh vértigo fatal! ¡Locura horrenda!  
¡Cuán lejos fui! Tan criminal intento  
Imposible es que nadie concibiera;  
Imposible es que yo tan inaudito  
Y abominable asesinato crea.  
¿Mis infelices hijos, qué me han hecho?  
¿Y cuál su crimen es? ¡Es que tuvieron  
Por padre á ese Jason, y sobre todo,  
Por su insensata madre á esta Medea!  
Sucumban por ser suyos esos hijos,  
Y por ser yo su madre al fin no mueran.  
Inocentes, pues, son; no son culpables  
De un delito, la falta más pequeña,  
Lo confieso...Tambien mi triste hermano  
De todo crimen inocente era.  
¿Mas por qué vacilar? ¿Por qué estas lágrimas  
(mas  
De que tus rojos párpados se llenan?  
¿Por qué entre el odio y el amor la lucha  
Que el corazón te rasga en su inclemencia,  
Y en un flujo y reflujo de contrarios  
Sentimientos divídelo y altera?  
Cuando airados los vientos se declaran  
En los altos espacios cruda guerra,  
Las olas entre sí chocan con ira  
Y hierve el mar á impulsos de su fuerza.  
Mi irresoluto corazón fluctúa  
Con indeciso afán, de igual manera:  
El amor á la cólera rechaza;  
La cólera ai amor. Ya se doblega  
A la ternura maternal; ya cede  
A mi venganza inexorable y fiera.  
Venid, hijos queridos: de una infausta  
Familia, en vuestra mísera existencia,  
Los únicos apoyos; vuestros brazos  
Abrid y rodeadme, y con ternura  
Estrechaos en mi seno. Vuestra vida  
A vuestro padre conservada sea,  
Con tal de que también á vuestra madre,  
También le deis que conservarla pueda.  
Pero la fuga y el fatal destierro  
Sólo á esta esposa abandonada resta.  
De mis brazos, llorosos y gimientes,  
A arrancarlos vendrán con diligencia.  
Suspendidos del cuello de su madre  
Sus caricias le dan. Que pronto venga

La muerte sin piedad á arrebatarnos  
También del mismo modo con fiereza  
Del paternal abrazo. Se reaniman  
Mis iras, mi furor, mi saña inmensa,  
Y el odio más cruel y más insano,  
De mi ser nuevamente se apodera.  
Para un crimen feroz, siempre mi guía,  
Me demanda el concurso de mi diestra  
La inexorable Erinnis. La venganza  
Me llama, y ya es preciso la obedezca  
¡Que fecundo mi seno hubiera sido  
Cual la hija de Tántalo, plugiera,  
Y de catorce vastagos la madre,  
Pudiese presentarme como ella!  
Para mi audaz venganza soy estéril.  
Sólo he dado dos hijos á la tierra.  
¡No me bastan un padre y un hermano!....  
¿Mas qué espantoso grupo así se muestra,  
De delirantes furias? ¿A qué vienen?  
¡Dónde dirigen sus ardientes flechas?  
¿Por qué las hijas del profundo infierno  
Mueven así sus sanguinarias teas?  
Serpiente enorme con silbido horrible  
Sus anillos terrífica desplega.  
¡Qué víctimas va á herir entre sus manos  
Ese madero, al esgrimir, Meguera?  
¿Esa sombra fatídica que arrastra  
Sus dislocados miembros, á qué llega?  
¿Quiénes? ¡Mi hermano! La venganza pide,  
Y vengado será. Desgarra, quema;  
Esas antorchas en mis ojos hunde.  
Por esas furias destrozada sea;  
Yo les abro mi pecho. Pero diles  
Que vuelvan sin temor á las esferas  
Del abismo infernal; dí á esas insanas  
Deidades vengativas, que ligeras  
Huyan lejos, y déjenme á mí misma  
Conmigo á solas: á tu vez la diestra  
Descansa en esta mano que la espada  
Desnuda esgrime ya. Tus ojos vean  
La víctima que debe ya el reposo  
Devolver á tus mánes. ¿Mas resuena  
Un súbito rumor? ¿Es que se arman  
En mi contra? ¿Es que quieren mi existencia?  
En ruinas se ofrece este palacio.  
Mi venganza cumpliósese sólo á medias.  
Ven; nodriza, conmigo he de llevarte.

Ahora, pues, tea valor; ¡valor Medea!  
Entre las negras sombras del olvido  
Tu poder por tu culpa no se pierda.  
De todo lo que tú capaz te sientes,  
A todo un pueblo con audacia muestra.

JASON

Subditos fieles que en acerbo duelo  
De vuestros reyes lamentáis la pérdida,  
Corred, y al punto en vuestras manos caiga  
El autor de ese crimen que os aterra.  
¡Aquí, bravos guerreros! Sin demora,  
De ese palacio removed las piedras.

MEDEA

Oh padre, ya por fin, hermano mío,  
Mi cetro he vuelto á hallar; ya recupera  
Aquel dorado vellocino Yólcos.  
En mis sienes coloco la diadema  
Que joya fué de mi gloriosa stirpe,  
Reconquistada al par que mi pureza.  
Altos dioses, volvedme á ser propicios.  
Hoy es día de gloria; hoy se celebra  
El plácido himeneo.....Ve tu crimen  
Coronado, mas no ve satisfecha  
Tu venganza, Concluye: sea espantosa,  
Para su logro nada te detenga.  
¿Por qué tanto dudar, tanto, alma mía?  
Puedes ir al objeto que deseas.  
Mi cólera decrece: me arrepiento.  
Cuanto acabo de hacer ya me avergüenza.  
¿Qué es lo que dices, desgraciada? Inútil  
Ya en este instante arrepentirte fuera.  
Consumado está el hecho. A pesar mio  
De gozo, sí, mi corazón se llena;  
Es más viva este júbilo; y no falta  
Para al fin mi venganza ser completa,  
Que testigo Jason de sus extragos  
Y del placer que me ocasionan, sea.  
Paréceme sin esto, que yo nada  
Hice aún; que son vanas las horrendas  
Maldades por mi mano así cumplidas,  
Porque él no pudo ante sus ojos verlas.

JASON

En el borde ahí está de la techumbre,  
¡Avivad esas llamas contra ella,  
Y por los mismos medios que ha empleado  
En sus enormes crímenes, perezca!

MEDEA

Conságrate, Jason, á que tus hijos  
Hoy sus dolientes funerales tengan;  
Haz que un sepulcro los encierre luego  
En donde el sueño de la muerte duerman.  
Tu nuevo padre con tu esposa amada  
Recibieron de mí, cual justo era,  
Los últimos honores que á los muertos  
Son debidos. Ya falta la existencia  
A este hijo que ves, y ante tus ojos  
La misma suerte sufrirá el que queda.

JASON

En nombre de los dioses, ¡ay! en nombre  
De aquel destino que comun nos sea,  
De una unión cuyos lazos yo no he roto.  
Perdona á ese inocente. Si pudiera  
Haber algún culpable, lo seria  
Tan solo yo, y en mí tus iras ceba.  
Hierre mi frente criminal.

MEDEA

El hierro  
He de hundir donde más la herida sientas;  
Allí donde no quieres que mis golpes  
Alcancen. Vete ahora, en tu soberbia;  
Hombre ingrato, á buscar de puras vírgenes  
Cuyos nuevos amores apetezcas,  
El tálamo, después que abandonaste  
Aquel de las mujeres que debieran  
El ser madres, á tí.

JASON

¡Qué! ¿No te basta  
Una víctima sola?

MEDEA

Si me hubiera  
Satisfecho una víctima tan sólo,  
Ninguna así inmólase en mi fiereza.  
Son muy poco las dos para que al cabo  
Saciar mi encono y mi furor se puedan.  
Si otro fruto en mi seno aun existiese  
De nuestro infausto enlace, alguna prenda  
De tan triste himeneo, en mis entrañas  
Este acero que ves, también hundiera.

JASON

De tus crímenes colma la medida:  
Acaba de una vez; no más se muevan  
Mis labios con la súplica. Tan sólo  
No alargues mi suplicio.

MEDEA

¡Ya en tu inmensa  
Inaudita crueldad, venganza mía,  
En tu crimen te goza y te recrea!  
No te apresures, y tu horrendo crimen  
Con toda calma á tu placer contempla.  
Este día á tí, pues, te pertenece,  
Y este tiempo que es tuyo, así aprovecha.

JASON

¡Arráncame la vida, oh vil verdugo!

MEDEA

¿Ya conmover mi corazón deseas?  
¿Ya imploras mi piedad? Sean buen hora.  
Mi victoria por fin es ya completa.  
Oh venganza, en tus aras sanguinarias  
Nada que darte en sacrificio queda.  
¡Inundados de lágrimas tus párpados  
Alza, ingrato Jason! ¿A tu Medea  
Reconoces aún? Mira ya el modo  
Como acostumbro huir: á la alta esfera  
De los cielos me lanzo: mi carroza  
Dos alados dragones raudos llevan.  
Toma: á tus hijos recoger ya puedes.  
Yo me disipo en la región etérea.

JASON

Esas altas regiones del espacio  
Recorre, y en tu rápida carrera,  
A tu paso atestigua que no hay dioses,  
Al que llegue á mirarte en su presencia.

FIN DE LA TRAGEDIA

**Texto digitalizado por José García Postigo. Melilla (España)**

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

